

¿Cuál debe ser el perfil del profesor universitario en el siglo XXI?

Alexander Ortiz Ocaña¹

Resumen

Un consenso de la comunidad académica internacional es que el profesor es un mediador, cualidad que debe caracterizar su perfil. Sin embargo, ¿Qué está sucediendo?, ¿por qué en la actualidad casi nadie quiere ser profesor?, ¿por qué los profesores en ejercicio quieren retirarse de su actividad?, ¿será que se ha hecho una selección inadecuada en la que no se ha tenido en cuenta la formación vocacional y la orientación profesional?, ¿cuál debe ser el modelo o perfil del profesor universitario en el siglo XXI? Es muy difícil y pretensioso querer establecer un perfil del profesor por cuanto son innumerables los requisitos que debe tener una persona para desempeñarse en el campo educativo, dada su complejidad, el caos y la indeterminación. No obstante, en este trabajo reflexionamos sobre cómo debe ser el profesor universitario en el tercer milenio. De esta manera encontramos una posible respuesta al conocido problema esbozado por Marx, en la tercera tesis sobre Feuerbach: ¿Quién educará a los educadores? Quizá en el siglo XXI nos seguimos haciendo el mismo interrogante.

¹ Docente de la Universidad del Magdalena, Santa Marta, Colombia. Email: alexanderortiz2009@gmail.com

Introducción

Un consenso de la comunidad académica internacional es que el profesor es un mediador, cualidad que debe caracterizar su perfil. Sin embargo, Cury (2014) revela unas cifras chocantes: En España, el 80 % de los profesores están enfermos a causa del stress. En Inglaterra, el gobierno tiene dificultades para formar profesores, especialmente de enseñanza general y media, porque muy pocas personas están motivadas para dedicarse a esta profesión. Según estudios de la Academia de Inteligencia de Brasil, el 92 % de los profesores poseen tres o más síntomas de estrés y el 41 %, diez o más. ¿Qué está sucediendo?, ¿por qué ya nadie quiere ser profesor?, ¿por qué los profesores en ejercicio quieren retirarse de su actividad?, ¿será que se ha hecho una selección inadecuada en la que no se ha tenido en cuenta la formación vocacional y la orientación profesional?, ¿cuál debe ser el modelo o perfil del profesor en el siglo XXI?

El término perfil lo concebimos en esta ponencia como la configuración de competencias y capacidades que distinguen la formación de un ser humano para desempeñarse de manera óptima con responsabilidad, respeto y ética en la solución de diversos problemas, para lo cual debe dinamizar sus configuraciones cognitiva-intelectual, praxiológica y afectiva-emocional.

Es muy difícil y pretensioso querer establecer un perfil del profesor por cuanto son innumerables los requisitos que debe tener una persona para desempeñarse en el campo educativo, dada su complejidad, el caos y la

indeterminación. No obstante, en este trabajo reflexionamos sobre cómo debe ser el profesor universitario en el tercer milenio.

Desarrollo

El profesor debe desempeñarse sin utilizar recetas ni métodos infalibles, debe inventar respuestas a situaciones siempre nuevas y gestionar la incertidumbre, ser creativo, original e imaginativo, innovar constantemente, ser humilde y aceptar los límites de su conocimiento, ser un eterno insatisfecho desde el punto de vista intelectual. El profesor debe ser un profesional altamente cualificado, competente en la asignatura que enseña, pero sobre todo en el arte de educar y formar, no sólo de enseñar. Debe preocuparse por sus estudiantes y reflexionar de manera frecuente sobre sus propias experiencias y prácticas pedagógicas, y estar dispuesto a cambiar continuamente de estrategias pedagógicas según los resultados obtenidos.

El profesor debe confiar en sus estudiantes, en su desarrollo moral e intelectual. Debe limitar su discurso y escuchar más, estimular a sus estudiantes a hablar. Ser un líder, no un juez. Debe disfrutar el acto de enseñar, estimular a que los estudiantes cuestionen los contenidos y sus prácticas pedagógicas, debe sonreír, estar siempre alegre, ayudar a los estudiantes a aprender a aprender, ser tolerante, justo, incluyente, afable y respetuoso. Podrá enfrentar la vida con veneración matizada con un poco de ironía (Bateman, 2000).

Barl (1995) define al profesor de la siguiente manera: “[...] el maestro es la representación concreta de la utopía. El maestro se mueve en el mundo de las

ideas, pero sobre todo en el universo de los ideales. No se es maestro si no se tiene el deseo, la aspiración o la voluntad de realizar acciones simple vista parecen desmesuradas. El maestro tiene la obligación de ser valiente, porque no rehúye, no teme a los problemas que la realidad le presenta y los enfrenta con la imaginación y la fantasía, elementos certeros e infinitos del pensamiento para modificar la naturaleza y acercar el futuro a la realización de su modelo ideal” (p. 16).

Los profesores extraordinarios, como los define Bain (2007), conocen y dominan a la perfección su asignatura, están actualizados en los últimos hallazgos y desarrollos intelectuales, de la ciencia o el arte, y por ello consiguen lo que ellos esperan de sus estudiantes. Desarrollan un razonamiento sobre la manera de pensar, más conocido como metacognición. Hablan con los estudiantes sobre sus metas, problemas, aspiraciones, miedos, logros, errores y frustraciones, animan a sus estudiantes a ser reflexivos, críticos y creativos. En este sentido el maestro ideal es: “un guía, un maestro, un innovador, un investigador, un consejero, un creador, un sabio, un sugeridor, un impulsor, formador de hábitos, habilidades y actitudes, un narrador, un actor, un escenógrafo, un formador de colectividades, un estudiante, un enfrentador de la realidad, un emancipador, u evaluador, un protector que redime o salva, un realizador, una persona” (Barl, 1995, p. 16). Es evidente la necesidad de un profesor que estimule y afiance la configuración afectiva de sus estudiantes, que oriente ante sus dificultades de tipo familiar. En

este sentido, Addine (2004) sintetiza algunas cualidades que deben sobresalir: autenticidad, comprensión, empatía, profesionalidad y respeto al derecho ajeno.

En criterio atinado de Adorno (1998), el menosprecio del profesor tiene raíces feudales y podemos encontrarlo documentado desde la Edad Media y del primer Renacimiento. Sin embargo, el profesor ostenta un extraordinario poder de transformación sobre sujetos que no lo son de pleno derecho, es decir, sobre estudiantes, seres en formación, que aún no son adultos. Y a veces la inteligencia colectiva de la sociedad no aquilata en su justa medida este poder. “Si se menosprecia el poder del maestro es porque constituye la parodia del poder real, al que se admira” (Adorno, 1998, p. 69). Este poder natural del profesor, ontológicamente hablando, debe utilizarse para lograr la emancipación humana, regulando la tensión curricular existente entre formación y emancipación. “En la imagen del maestro se reproduce, todo lo atenuada que se quiera, algo de la imagen, máximamente investida en sentido afectivo, del verdugo” (Adorno, 1998, p. 72).

Herbart (1806) no quiere para el estudiante un tutor riguroso ni un acompañante que limite su libertad. Rogers (1973), por su parte, define un perfil del profesor que lo considera un facilitador, una persona que es capaz de crear un clima propicio para el aprendizaje, porque confía en el deseo de aprender cada estudiante y por ello organiza y ofrece una amplia variedad de ambientes propicios para el aprendizaje, aceptando sus expresiones intelectuales y emocionales. En fin, es un líder que garantiza libertad a sus estudiantes. Por otro lado, Simmel

(2008) patrocina un modelo de profesor curioso, original, creativo, innovador, con una alta imaginación, contrario a las prácticas rutinarias y mecánicas que enarbolan la intelectualización, proclama un profesor capaz de perturbar su propia condición en función del ideal autodidacta. Así lo reivindica de manera explícita cuando señala que la meta del educador es hacerse a sí mismo prescindible.

Freire (2012a, 2012b) sintetiza las cualidades indispensables para llevar a cabo una práctica pedagógica progresista por parte del profesor: humildad, amor, valentía, tolerancia y justicia. Según este autor, la humildad no implica cobardía o falta de respeto hacia nosotros mismos, sino que nos enseña que nadie lo sabe todo y nadie lo ignora todo, más bien todos sabemos algo y todos ignoramos algo. La amorosidad está relacionada con la pasión por la enseñanza y la aceptación de nuestros estudiantes. La valentía incluye al miedo. Hay miedo sin valentía, pero no hay valentía sin miedo, pero es un miedo limitado, sometido y controlado. La tolerancia es la virtud que nos enseña a respetar lo diferente, convivir con lo diferente y aprender con lo diferente. Por último, el profesor progresista debe buscar de manera permanente la justicia. Por ejemplo, nadie puede impedir que se implique más afectivamente con un estudiante que con otro, pero lo que el profesor no puede hacer es favorecer a su estudiante preferido en detrimento del derecho de los demás. Tensión entre paciencia e impaciencia, seguridad, decisión y alegría de vivir se funden como cualidades que deben ser cultivadas por los profesores progresistas.

Es muy difícil encontrar a una persona que no quiera ser amada y amar a alguien. Esos son los principales anhelos del ser humano. Este es el principal deseo que todos los humanos compartimos, es una necesidad universal. Por eso el perfil del profesor del siglo XXI debe estar matizado por este deseo. Not (2013) sintetiza en tres palabras la definición del papel del maestro en la pedagogía de Alain, que pueden ser robadas para caracterizar el profesor del siglo XXI: modelo, animador y guía.

Es necesario tener en cuenta que el perfil del profesor no es estático, es dinámico, es decir, debe evolucionar y cambiar según la realidad del contexto en el cual interactúa, o sea, debe considerar las necesidades sociales de los grupos con los cuales trabaja. Por lo tanto, debe ser analítico para posibilitar la orientación y promoción del comportamiento futuro e identificar espacios y condiciones para desarrollar las estrategias y acciones pedagógicas necesarias en los mismos.

En el prólogo del libro *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, escrito a partir de conversaciones sostenidas con Zygmunt Bauman por email, durante los meses de julio y agosto de 2012, el notable psicoanalista Gustavo Dessal expresa que el hecho de poseer un saber, no hace maestro a un profesor. Dessal (2014) señala que en la actualidad estamos acostumbrados a concebir como expertos a todas aquellas personas representantes del saber, pero el profesor no es un experto desde este punto de vista. El profesor del siglo XXI conserva con la propia vitalidad de su propia vida la intencionalidad socrática de la pregunta y la mejor prueba de su amor caracteriza

la esencia de su actividad de enseñanza: “lograr que aprendamos la única lección magistral que nos pone en el camino de un saber verdadero, y que consiste en percatarnos de que ninguna palabra puede decir toda la verdad” (p. 10).

Los profesores universitarios somos científicos de la educación superior. Si bien es cierto que la actividad de los profesores al interior de las universidades debe ser eminentemente práctica, también es cierto que una práctica sin teoría es ciega, porque los profesores no sabrían a dónde van. Por eso su actividad formativa no debe ser pragmática pero sí debe ser una práctica reflexiva, es decir, una praxis, que es la práctica interpretada, reflexionada y comprendida, teorizada, o sea, pasada por un tamiz teórico que les permita penetrar en lo más profundo de su esencia y naturaleza, para develar su sentido y significados. Tampoco la actividad de los profesores debe ser predominantemente teórica, al estilo de algunos ‘doctores’ que levitan, porque una teoría sin práctica es muda, realmente no habla, no comunica, no dice nada. Pero podemos lograr configurar de manera armónica y coherente la teoría con la práctica. Gadamer (2010) solía decir que no hay mejor práctica que una buena teoría. Los profesores deben conformar una comunidad de aprendizaje y de escritores educativos en las universidades. Es importante configurar teorías educativas que nos permitan derivar lineamientos pedagógicos y prácticas curriculares impregnadas de rigor científico. Pero teorías emergentes desde la misma praxis educativa de los profesores. Es decir, necesitamos profesores “que analicen de manera colectiva su progreso y sus normas y teoricen sobre ellos para establecer un fundamento sólido para el

desarrollo curricular y escolar en su contexto” (Simons, 1995, p. 222). Los profesores somos educadores en tanto orientamos el proceso de aprendizaje, desarrollo y auto-configuración de nuestros estudiantes, pero también somos pedagogos en tanto teorizamos sobre dicho proceso y reflexionamos sobre nuestras prácticas formativas. Los profesores somos una comunidad crítica de aprendizaje.

Conclusiones

La única verdadera enseñanza que nos transmite el profesor de excelencia es demostrarnos que mientras más aprendemos, menos sabemos, el “sólo sé que nada sé” de Sócrates es su principal principio didáctico, y de esta manera, nuestra formación y nuestro aprendizaje son permanentes, son procesos que duran toda la vida. De ahí que, al hacernos conscientes de nuestros vacíos cognoscitivos y de la insuficiencia de nuestro saber, no nos detenemos en el camino cognitivo y continuamos transitando con rigor y esfuerzo intelectual la senda del conocimiento, perpetuando así nuestro proceso de aprendizaje y de educación. De esta manera encontramos una posible respuesta al conocido problema esbozado por Marx, en la tercera tesis sobre Feuerbach: ¿Quién educará a los educadores? Quizá en el siglo XXI nos seguimos haciendo el mismo interrogante.

Bibliografía

- Addine, F. et. al. (2004). Didáctica. Teoría y práctica. Ciudad de la Habana: Pueblo y Educación.
- Adorno, Th. (1998/1963). Educación para la emancipación. Madrid: Morata.
- Bain, K. (2007). Lo que hacen los mejores profesores universitarios. España: Universidad de Valencia.
- Barl, P. V. (1995). Maestro de excelencia. México: Fernández Editores.
- Bateman, W. (2000/1990). Alumnos curiosos. Preguntas para aprender y preguntas para enseñar. Barcelona: Gedisa.
- Cury, A. (2014). Padres brillantes, maestros fascinantes. No hay jóvenes difíciles, sino una educación inadecuada. Bogotá: Planeta.
- Dessal, G. (2014). Prólogo. En: Bauman, Z. & Dessal, G. El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido. Madrid: FCE.
- Freire, P. (2012a/1970). Pedagogía del Oprimido. Madrid: Siglo XXI.
- Freire, P. (2012b/1993). Cartas a quien pretende enseñar. México: Siglo XXI.
- Gadamer, H-G. (2010/2002). El último Dios. La lección del siglo XX. Un diálogo filosófico con Riccardo Dottori. Barcelona: Anthropos.
- Herbart, J, F. (1806). Pedagogía General derivada del fin de la educación. Madrid: Ediciones de la Lectura.

Not, L. (2013/1979). Las pedagogías del conocimiento. México: FCE.

Rogers, C. (1973). ¿Liberté pour apprendre? Paris: Dunod.

Simmel, G. (2008). Pedagogía escolar. Barcelona: Gedisa.

Simons, H. (1995). La autoevaluación escolar como proceso da desarrollo del profesorado:

En apoyo a las universidades democráticas. En: Varios. Volver a pensar la educación.

Madrid: Morata.